Trabajar será un hobby

En mayo de 2024, en VivaTech, Elon Musk anunció un futuro sin empleo obligatorio, con «renta universal alta» y una sola gran pregunta: qué da sentido a la vida. La que no formuló es más incómoda. ¿Quién cobra lo que produzcan las máquinas, y de quién seremos dependientes cuando ya no haga falta nuestro trabajo?

ANÁLISIS — Amador Luengo · 14 de noviembre de 2026

La escena tiene algo de profecía televisada. El 23 de mayo de 2024, conectado por videoconferencia con la feria VivaTech de París, Elon Musk describió un porvenir casi pastoral. En un «escenario benigno», dijo, «probablemente ninguno de nosotros tendrá un trabajo». La inteligencia artificial y los robots «proporcionarán cualquier bien o servicio que uno quiera». Haría falta una «renta universal alta» —no una renta básica—, no faltarían bienes ni servicios, y el empleo sería opcional: «si quieres hacer un trabajo como quien tiene un hobby, puedes hacerlo». La pregunta difícil, añadió, no sería la escasez. Sería el sentido: «si el ordenador y los robots pueden hacerlo todo mejor que tú, ¿tu vida tiene significado?»

Lo contaron ese mismo día CNN y, al día siguiente, Fortune. No era un apunte suelto en una red social. Era una declaración pública, grabada, de uno de los hombres que más capital, más fábrica y más relato concentra en la inteligencia artificial y en la robótica. Conviene tomársela en serio. Y conviene no tomársela al pie de la letra.

NO ERA UNA OCURRENCIA NUEVA

Musk lleva años ensayando la misma idea. En febrero de 2017, en la Cumbre de Gobiernos Mundiales de Dubái, ya afirmó que acabaríamos con una renta básica universal: «va a ser necesaria», según recogió entonces el propio Foro y medios como Fast Company. Lo que cambió en París fue el adjetivo. Ya no habla de lo básico. Habla de lo alto. De que cada cual tenga «tanto en bienes y servicios como desee».

Lo que no cambió es lo esencial: no dijo quién paga, con qué impuesto, con qué derecho de propiedad, ni quién decide cuánto es «alto» y quién se queda fuera. Una predicción sin mecanismo no es un plan. Es una postal del futuro.

KEYNES Y LA SEMANA DE 15 HORAS

La postal tiene un siglo. En 1930, en «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», John Maynard Keynes escribió que el progreso técnico permitiría, en unos cien años, turnos de tres horas o una **semana de quince horas**. Estamos a las puertas de 2030. La productividad ha explotado. La semana de quince horas, no.

¿Adónde fue el milagro? Una parte se fue a consumir más, no a trabajar menos. Otra, a quienes ya estaban arriba. El Economic Policy Institute, que actualizó sus series el 10 de noviembre de 2026, estima que desde 1979 la productividad de la economía estadounidense ha crecido un **95,9 %**, mientras que la retribución del trabajador típico —salario y prestaciones— solo ha subido un **33,1 %**: la productividad ha aumentado **2,9 veces** más que el pago. Si las máquinas ya enriquecen al conjunto y el trabajador típico no cobra su parte, ¿por qué íbamos a creer que, cuando las máquinas lo hagan casi todo, el reparto será automático?

> ***Una predicción sin mecanismo no es un plan. Es una postal del futuro.***

LO QUE HEMOS MEDIDO NO ES UNA RENTA ALTA

Existen experimentos de renta, y conviene leerlos con calma, porque ninguno se parece al paraíso que Musk describe. No son rentas altas. No se aplican a una sociedad sin empleo. Son transferencias modestas, a grupos

concretos, en un mundo donde todavía hay que trabajar para vivir.

En Finlandia, entre 2017 y 2018, 2.000 personas desempleadas recibieron **560 euros** mensuales, libres de impuestos, sin exigir búsqueda de empleo. El Gobierno finlandés y el VATT concluyeron que el efecto sobre el empleo fue pequeño: en el periodo de referencia, unos **seis días** más de trabajo; en el primer año, ninguno a escala de grupo. Lo que sí mejoró, en las encuestas, fue la seguridad económica percibida y el bienestar mental.

En Estados Unidos, el estudio de OpenResearch de 2024 —financiado por Sam Altman, y publicado como documento de trabajo del NBER— dio **1.000 dólares** al mes durante tres años a 1.000 personas de rentas bajas en Illinois y Texas, frente a un grupo de control de 2.000 que recibía 50. Los destinatarios estuvieron unos **2 puntos** menos empleados y trabajaron **1,3 horas** menos a la semana. El tiempo extra se fue, sobre todo, al ocio. El bienestar subjetivo subió el primer año y después volvió al nivel del grupo de control. No apareció, en promedio, un salto duradero de propósito, ni una mejora clara de la calidad del empleo, ni un aumento significativo de títulos formativos.

En Stockton (California), un ensayo con unos 125 destinatarios y **500 dólares** al mes durante dos años vio, en el primer año, un aumento del empleo a tiempo completo y menos ansiedad y depresión. La evaluación revisada por pares, ya en el *Journal of Urban Health*, fue más prudente: las ganancias de empleo no llegaron a ser estadísticamente significativas en el conjunto del periodo, y el alivio psicológico fue más nítido antes de la pandemia.

En Kenia, GiveDirectly impulsa desde 2018 el experimento de renta básica de mayor escala, con pagos mensuales de unos **22,5 dólares** en aldeas rurales. Los resultados de los dos primeros años, firmados entre otros por Abhijit Banerjee y Tavneet Suri, no encontraron un descenso del trabajo total: la gente dejó horas de empleo asalariado agrícola y las sustituyó por autoempleo no agrario. No salió la pereza. Salió un cambio de oficio. Y, atención, estamos hablando de cantidades pensadas para la pobreza extrema, no de una «renta alta» en una economía rica.

La lección conjunta es sobria. Un ingreso incondicional puede aliviar la angustia y dar un poco de margen. No demuestra que, sin empleo, florezca el sentido. Y no dice nada de un mundo en el que las máquinas hayan sustituido el trabajo y unos pocos dueños cobren la renta de ese reemplazo.

CUÁNTO COSTARÍA LO «ALTO»

Aquí el lenguaje se vuelve resbaladizo. El Fondo Monetario Internacional calculó en 2018 que una renta básica universal equivalente al **25 %** de la renta mediana neta por habitante costaría alrededor del **6,5 %** del PIB en las economías avanzadas. Eso es lo básico, no lo alto. Una renta de verdad alta, cercana a la mediana, multiplicaría ese esfuerzo: hablamos, en orden de magnitud, de decenas de puntos del producto, salvo que se sustituyan otras prestaciones y se recaude con un impuesto muy agresivo sobre quienes se queden con la productividad de las máquinas.

La otra salida es la que Musk sugiere sin detallarla: que los bienes y servicios se vuelvan tan baratos que la renta casi no haga falta como transferencia, porque «no habrá escasez». En ese caso ya no discutimos un cheque. Discutimos el acceso. Y el acceso lo administra quien controla los robots, la energía, los datos y las fábricas. La renta deja de ser un derecho. Pasa a ser una concesión.

LA CONTRADICCIÓN EN CASA

Uno puede prometer el hobby y, al mismo tiempo, apretar el reloj. En noviembre de 2022, Musk envió un correo a la plantilla de Twitter —hoy X— exigiendo un compromiso «extremadamente hardcore»: muchas horas, alta intensidad, o tres meses de indemnización, según Reuters y CNN. En abril de 2024, un mes antes de VivaTech, Tesla anunció el despido de más del **10 %** de su plantilla mundial, más de 14.000 personas si se toma como referencia los 140.473 empleados de finales de 2023, según Reuters y los propios datos de la compañía.

No es un argumento ad hominem. Es un dato de consistencia. El mismo dirigente que imagina un mundo sin empleo obligatorio dirige empresas donde el trabajo es intenso, jerárquico y, cuando conviene, prescindible. Si el futuro es el pasatiempo, el presente sigue siendo la hora extra y el expediente de regulación.

EL SENTIDO NO CAE DEL CIELO

Musk acierta en una cosa: si las máquinas hacen casi todo, la pregunta del significado se vuelve enorme. Se equivoca si la plantea como un lujo filosófico que llega después de la abundancia, casi como un entretenimiento. El trabajo no es solo un sueldo. La psicóloga Marie Jahoda describió hace décadas sus funciones latentes: estructura el tiempo, ofrece contacto social, da un propósito colectivo y un estatus. Y la evidencia empírica es tozuda. En un metaanálisis clásico de 2009, Karsten Paul y Klaus Moser concluyeron que el desempleo se asocia a un malestar psíquico claramente mayor que el de quienes tienen empleo, con un tamaño del efecto de **0,51**. Perder el trabajo no libera automáticamente el espíritu. A menudo lo desordena.

Los experimentos de renta, ya lo hemos visto, mejoran a veces el ánimo cuando el empleo sigue existiendo como horizonte. No tenemos prueba equivalente de lo que ocurre cuando el horizonte desaparece y el sustento depende de una máquina —y de su propietario—.

LA OPINIÓN QUE HAY QUE ATREVERSE A DECIR

Desacoplar la supervivencia del empleo es una idea justa. Nadie debería tener que vender su vida a trozos para comer. En eso, el diagnóstico de Musk merece ser escuchado. El error está en el cuento que lo acompaña: que la abundancia llegará casi sola, que la renta será «alta» por definición, y que el único enigma restante será existencial.

La pregunta previa es de poder. ¿Quién es dueño de las máquinas que producen «cualquier bien o servicio»? ¿Quién fija la cuantía, las condiciones y la reversibilidad de esa renta? ¿Qué capacidad de negociación le queda a una sociedad que ya no hace falta como fuerza de trabajo? Sin respuesta a eso, la «renta universal alta» corre el riesgo de parecerse a otra cosa: una dependencia universal del dueño de los robots. Un estipendio, no una libertad.

Se puede desear que las máquinas liberen tiempo. Se debe exigir que esa liberación no se confunda con la generosidad de unos cuantos titulares de patentes, modelos y fábricas. El propósito no lo reparte un empresario por videoconferencia. Se construye con ocio elegido, con vínculo y con derechos que no se apagan cuando al propietario le cambia el escenario de «benigno» a otro.

Mientras tanto, la postal sigue siendo atractiva, y por eso circula. Trabajar será un hobby, dice. Puede ser. Pero un hobby se elige. Una concesión se aguanta. Y la diferencia entre una y otra no la va a resolver el robot. La vamos a resolver nosotros, si llegamos a tiempo de preguntar quién cobra.

Fuentes: CNN Business (23 de mayo de 2024) y Fortune (24 de mayo de 2024), crónica de la intervención de Elon Musk en VivaTech 2024 (París, por videoconferencia); Cumbre de Gobiernos Mundiales (Dubái, febrero de 2017) y Fast Company, declaraciones de Musk sobre la renta básica; J. M. Keynes, «Economic Possibilities for our Grandchildren» (1930); Economic Policy Institute, Productivity–Pay Gap (actualización del 10 de noviembre de 2026); FMI, Working Paper 18/273 (2018); Gobierno de Finlandia y VATT/Kela, experimento de renta básica 2017-2018; OpenResearch / NBER Working Paper 32719 (2024), «The Employment Effects of a Guaranteed Income»; West, S. y Castro, A., *Journal of Urban Health* (2023), ensayo SEED de Stockton; Banerjee, A., Suri, T. et al. / GiveDirectly, resultados a dos años del experimento de renta básica en Kenia (2018-2020, publicados en 2023); Reuters y CNN (16 de noviembre de 2022), correo de Musk a la plantilla de Twitter; Reuters (15-16 de abril de 2024) y datos de empleo de Tesla a cierre de 2023; Marie Jahoda, sobre las funciones latentes del empleo; Paul, K. y Moser, K. (2009), «Unemployment Impairs Mental Health: Meta-Analyses», *Journal of Vocational Behavior*.